

Mitos y leyendas de México 3

Laura Silvia Iñigo Dehud, comp.





Mitos y leyendas de México 3

Laura Silvia Iñigo Dehud, comp.

Compilación y Adaptación

D.R. © 2023, Laura Silvia Iñigo Dehud

D.R. © 2023, Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Av . Universidad 1001 Col. Chamilpa
CP 62209 Cuernavaca, Morelos
publicaciones@uaem.mx
libros.uaem.mx

Cuidado Editorial y Corrección de estilo

Liliana Iñigo Dehud

Diseño y Coordinación editorial

Laura Silvia Iñigo Dehud

Ilustración

Antonio Makhoulouf Akl
Adriana Vianey Ortíz García
Glenn Ávila Mancera
Ana del Ángel Gámez
Janick Altaira Cervantes Chávez
Gabriela Martínez Morales

Imagen de Portada

Antonio Makhoulouf Akl

Revisión Editorial

Lorena Noyola Piña
Héctor C. Ponce de León Méndez

ISBN: 978-607-8784-99-8

Iñigo Dehud, Laura Silvia

Mitos y leyendas de México 3 / Laura Silvia Iñigo Dehud. --
México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2023.

68 p. : il. col.

ISBN 978-607-8784-99-8

1. Mitología mexicana – Obras ilustradas 2. Leyendas mexicanas –
Obras ilustradas I. tit.

LCC F1227.2

DC 398.20972

La presente obra es un producto de investigación académica sin fines de lucro.

Los mitos y leyendas contenidos en esta obra son del dominio público.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

CONTENIDO

ILUSTRADOR	TÍTULO	
Antonio Makhoulouf Akl	Doña Francisca la embrujada	6
Adriana Vianey Ortíz García	El mariachi negro	12
Glenn Ávila Mancera	La malvada sirena	16
Ana del Ángel Gámez	El minero ambicioso	20
Janick Altaira Cervantes Chávez	La novia del mar	24
Gabriela Martínez Morales	El jinete sin cabeza	28
Glenn Ávila Mancera	La niña que se convirtió en araña	32
Gabriela Martínez Morales	Las cuatro marías	38
Janick Altaira Cervantes Chávez	El callejón del beso	42
Ana del Ángel Gámez	El hechizo del pando	46
Glenn Ávila Mancera	El diablo bebito	52
Gabriela Martínez Morales	La mulata de Córdoba	58
Antonio Makhoulouf Akl	El cerro de la vieja de Oaxaca	64

Introducción

Los mitos y leyendas representan una parte importante en la tradición cultural de las sociedades. Los mitos tienen una explicación o simbología profunda en las cuales se presenta una explicación divina del origen y desarrollo de una civilización.

La leyenda, por su parte, es una narración oral o escrita, que pretende explicar un fenómeno natural, como las tempestades o los terremotos, y lo cuentan a través de una historia fantástica.

Tanto los mitos como las leyendas son nuestra herencia, un patrimonio, que en este libro tratamos de registrar y rescatar, ya que son relatos orales que se han venido repitiendo de generación en generación como un gran legado cultural que no debemos dejar perder.

Esta obra está compuesta por trece leyendas de dominio popular, ilustradas por estudiantes y docentes de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Doña Francisca la embrujada

Era el año 1554, en ese entonces gobernaba el virrey don Luis de Velasco I en La Nueva España, hoy Ciudad de México. En la casona número 7 de la que hoy es Venustiano Carranza vivía doña Felipa Palomares de Heredia, rica viuda de uno de los conquistadores; Felipa tenía un hijo llamado Domingo, criado con lujos y grandes cuidados; Domingo era la adoración de la madre y siempre le recordaba que ya estaba en edad para casarse, que encontrara a una chica que tuviera alcurnia y abolengo, claro, la madre tenía que aprobar a la muchacha.

El joven Domingo buscó durante varios meses a la chica que le gustara y agradara a su madre, sin hallarla;

pero una tarde vio acercarse al templo a una hermosa muchacha que le hizo latir el corazón. Ella entró a la iglesia y, cuando salió, él la siguió para saber donde vivía.

Entonces ella llegó ante una modesta casa en la calle Cerrada de Nacatitlán —hoy Cinco de Febrero—; giró y miró con ternura al joven. A partir de ese día Domingo de Heredia y Palomares comenzó a frecuentar a la muchacha, llamada doña Francisca de Bañuelos y era hija única de padres humildes; al fin, después de meses de cortejo, le declaró su amor.

Sin embargo, la ciudad era pequeña y pronto llegó a oídos de Felipa la noticia del amor que tenía Domingo, y obviamente lo que le contaron, no le agradó en absolu-



to. Inmediatamente salió rumbo a la casa de Francisca y golpeó el portón; fue la misma chica la que abrió. La joven invitó a pasar a la señora a su casa, quien entonces empezó a hablar con energía y tono de voz amenazador diciéndole que no volviera a ver a su hijo Domingo, pues ella era una pobretona y su hijo obedecería esa orden. En ese momento apareció el joven que iba a visitar a su amada, y ante Felipa, Domingo defendió su amor; por lo que su madre se alejó furiosa, mientras los jóvenes platicaban sobre sus deseos de casarse.

Pero cuanto más mostraba Domingo su intención de contraer matrimonio con Francisca, doña Felipa más sufría y en su angustia por evitar la boda, buscó a una conocida bruja en su casa, la hechicera la recibió como si supiera a qué iba; Felipa le describió su caso, y la bruja prometió darle una solución para el viernes. Sin embargo, en la noche, Domingo y su madre discutieron

nuevamente, y él le dijo que estaba decidido a casarse; por lo que la madre le pidió esperar hasta el sábado.

La noche del viernes Felipa buscó nuevamente a la bruja, la cual le dijo que dejara que los jóvenes se casaran, y después le daría un regalo a Francisca que la iría matando lentamente.

Sorprendidos por la aceptación, los jóvenes se casaron y fueron bien acogidos por doña Felipa. Pensaron que, aunque la chica era pobre, su belleza y bondad habían conquistado a la señora.

A esa misma hora, la hechicera celebraba un diabólico rito: En una laguna degolló siete patos, y con su sangre se embadurnó la cara invocando al demonio.

Tres días después de la boda se presentó doña Felipa con aquel regalo: era un cojín de terciopelo relleno de las plumas de pato endemoniadas; desde esa noche, Francisca utilizó el cojín como su almohada.



Al día siguiente la joven se despertó con un gran malestar: dolor de cabeza y mareos. Ningún remedio fue suficiente, día con día Francisca se sentía peor, comenzó a estar pálida, débil, y cada vez más triste. En unos cuantos días su rostro era cadavérico; Domingo, preocupado, llamó al médico, quien examinó a la enferma, el diagnóstico fue extraño y fatal. A los seis meses Francisca había muerto.

Una vez enterrada, Domingo se encerró en su recámara durante días cayendo en una profunda depresión. Besaba los lugares donde ella hubiera estado y dormía sobre el cojín de terciopelo.

Una noche, Domingo se despertó agitado, tuvo una visión: era Francisca que venía del más allá para advertirle del cojín embrujado que provocó su muerte; y le dijo

que las culpables habían sido su madre y la hechicera; por lo que Domingo juró vengar su muerte.

Al otro día, a escondidas, Domingo salió de casa y se presentó a hacer la denuncia ante el Santo Oficio, y esa misma tarde se presentaron en la casona, de un tajo abrieron el cojín, del cual cayeron las plumas que se movían como si fueran serpientes impulsadas por una fuerza satánica.

Sometida a martirios, doña Felipa aceptó su culpa y reveló el lugar donde encontrar a la bruja. Condenaron a las dos mujeres a morir quemadas en leña verde dentro de la Plaza de Santo Domingo.

Domingo vivió su duelo encerrado en casa. Después, no se supo nada más de él, aunque algunos aseguran que se fue a España llevándose su pena y fortuna.



El mariachi negro

Cuentan los viejos de la ciudad de Taxco, en el estado de Guerrero, la historia de lo que pasó en alguna de sus empinadas calles.

Se dice que en las cercanías del Templo de la Preciosa Sangre de Cristo —mejor conocida como la capilla de Chavarrieta—, una fría, silenciosa y solitaria madrugada, un borracho caminaba dando tumbos. Era común encontrar a este hombre en el mismo estado todas las noches, recorriendo las calles, haciendo griterío y desmanes, buscando pleito con cualquier paseante que por mala suerte se topara con él, pero lo que pasó aquella oscura noche cambió por completo esa costumbre.

El hombre de nuestra historia, después de vagar por diferentes calles, estaba por llegar a las afueras de dicho templo cuando llamó su atención una figura borrosa, desdibujada, pero enorme que estaba calle arriba. El borracho, lejos de sentir temor e intimidarse por aquella silueta aterradora comenzó a insultarla; ya que en sus noches de juerga y aventuras de copas se topaba con contrincantes que nunca lograban intimidarlo, lo que lo hacía sentir invencible y envalentonado. Así pues, decidió retar a su adversario con una retahíla de improperios y groserías mientras caminaba zigzagueando, pero decidido, calle arriba.



Finalmente, al llegar cerca de la silueta divisada, distinguió que era la figura de un mariachi con un traje negro como la misma cueva de lobos; adornaban el traje unos botones dorados que producían destellos que cegaban al que lo mirara, y portaba sombrero, el que cubría por completo su cara.

El borracho, sin mostrar mucha sorpresa ante esta aparición, siguió su camino directo hacia el mariachi, pero se dio cuenta que el tamaño de éste ya no era el de un hombre común y corriente, y que a cada paso que daba su rival, crecía más y más hasta llegar a rebasar la altura de las torres del templo.

Una persona sensata, normal y sobria guardaría silencio, repararía en lo que podía causar su griterío e

insultos y correría con la velocidad que sus piernas le permitieran a resguardarse en la seguridad de la capilla y, si tuviera suerte, pedir a algún buen samaritano ayuda; pero no, el borracho, contrariamente a lo esperado, arremetió en sus insultos, y amenazante gritoneó:

—¿Crees que por ser el demonio me vas a intimidar?

El mariachi negro avanzó tres pasos no con piernas y pies, en vez de eso tenía patas con pesuñas—, y al llegar a unos centímetros de distancia del infeliz borracho, extendió la capa que llevaba sobre su hombro, cubrió completamente al hombre y ambos desaparecieron en la noche.

Nunca más se supo de ellos.



La malvada sirena

El Lago de Zumpango, en el Estado de México, guarda celosamente una enigmática leyenda de una sirena que vive en sus aguas, y se rumora que por las tardes acecha a los jóvenes.

Cuenta la leyenda que mucho tiempo atrás habitaba el lago una sirena extraordinariamente hermosa. Su cabello era castaño y largo; sus ojos verdes como esmeraldas y su piel tostada por el sol. Esta bella mujer solía mostrarse por las tardes a los muchachos que tenían la mala suerte de pasar por allí y ser vistos por ella. Los jóvenes que la veían desaparecían y nunca más se sabía nada de ellos, porque ella los atrapaba y mataba.

Una tarde, un joven caminaba distraído cerca del lago, de pronto escuchó un hermoso canto que lo obligó a detenerse en la orilla; sorprendentemente la sirena surgió a la superficie, el muchacho la vio y cayó desmayado. Cuando volvió en sí, se dio cuenta de que se encontraba en una oscura cueva en el fondo del lago.

El joven era muy apuesto y la sirena lo veía fascinada; por esta razón decidió no matarlo y mantenerlo en la cueva con ella.

El joven quería regresar a su casa, a su vida, ver a sus amigos. También le preocupaba su mamá, quien estaba enferma; además de que ella seguramente estaría preguntándose qué había pasado con su hijo.



El joven, con mucha angustia, le suplicó a la sirena que lo dejara ir a su casa para notificar a su madre que estaba vivo y bien, y darle los medicamentos necesarios. Tanto rogó, que la sirena al fin aceptó, pero con la condición de que debía regresar.

El muchacho salió corriendo, al llegar al pueblo les contó a todos los vecinos lo que le había pasado. Acordaron esconderlo para que no regresara a la cueva y mantenerlo a salvo.

Cuando el joven estaba resguardado, los habitantes fueron al lago para intentar atrapar a la sirena. Ella, que no era tonta, se percató de las intenciones, montó en cólera y entonó un canto tan fuerte que llegó hasta los oídos del joven. Como embrujado, salió del refugio y acudió donde estaba la sirena sin que nadie pudiera

detenerlo. Llegó a la orilla del lago y se tiró en él, pero no se encontró con la bella sirena sino con un ser grotesco, quien, al ver al joven, sin dudarlo lo ahogó en la entrada de la cueva.

Cuando los vecinos se dieron cuenta que el joven seguía desaparecido secaron el lago hasta localizar la cueva del fondo, de ésta salía un terrible olor, allí encontraron al joven muerto. Junto al cuerpo encontraron una nota que decía:

Nunca más intenten secar la laguna; de lo contrario, caerá mi maldición a todos los habitantes y sus descendientes.

Todavía hay muchas personas que aseguran haber visto a la sirena o escuchado su canto en el Lago de Zumpango.



El minero ambicioso

Hubo una vez que en Pachuca, Hidalgo, vivía un hombre joven llamado Juan. Como muchos otros lugareños, trabajaba en una mina. Estaba descontento con su suerte ya que, según él, trabajaba mucho y ganaba poco. Podemos agregar que era conflictivo y ambicioso.

Cierto día, después de su jornada, se fue a la cantina con otros mineros. Tomó de más y, muy borracho, comenzó a quejarse de su suerte; alardeaba de que daría cualquier cosa con tal de ser rico. En ese momento apareció un hombre vestido de charro negro. Ante esta aparición, los presentes en la cantina se es-

pantaron y huyeron despavoridos. El charro se acercó y dijo: —Juan, yo puedo hacer realidad lo que quieres. Si estás dispuesto, preséntate a las doce de la noche en la Cueva del Coyote (así se llamaba una mina en desuso).

Juan se presentó en el lugar. No había avanzado mucho cuando vio a una enorme serpiente; la capturó y pensó en llevársela para venderla; mientras, la pondría en un pozo seco que estaba fuera de su casa. Así lo hizo y tapió el pozo con madera.

Tambaleándose, el minero entró a su casa y se durmió. Durante el sueño oyó un sonido extraño, lo describiría como un siseo, que decía que agradecía que



la hubiese llevado a su casa; que cuando despertara encontraría una buena recompensa; pero que, como todo, tendría un costo: debía entregarle a uno de sus dos hijos; Juan tenía una niña de seis años y un bebé de seis meses.

Al despertar, aún con la resaca, se dirigió al depósito de granos y encontró costales repletos de dinero. Estaba regocijándose de su buena fortuna cuando escuchó los gritos desesperados de su esposa, quien decía que el bebé había desaparecido. Observó que su hija señalaba el pozo; lo destapó y vio que la serpiente había desaparecido, pero en su lugar estaba su pequeño hijo despedazado.

Sin escrúpulos, con el dinero que encontró, Juan compró una hermosa hacienda. Tiempo después, volvió a

soñar que la serpiente le susurraba: —¿Juan, no te gustaría ser más rico? Sólo dame otro hijo. En ese entonces Juan había tenido muchos más hijos con diferentes mujeres, ya que se había vuelto mujeriego e irresponsable. Lleno de avaricia, fue entregando uno por uno a sus hijos. Su fortuna no tenía fin.

Llegó el día que Juan murió. En su velorio, con muchas personas presentes, entró un hombre alto vestido con un traje de charro negro. Todos se asustaron. El Charro Negro se aproximó al ataúd y gritó: —¡Vengo por el último pago! Enseguida se esfumó dejando un terrible olor a azufre. En el ataúd solamente se encontró el esqueleto de Juan. Su alma se la había llevado el Charro Negro, quien no era otro que el mismo demonio.



La novia del mar

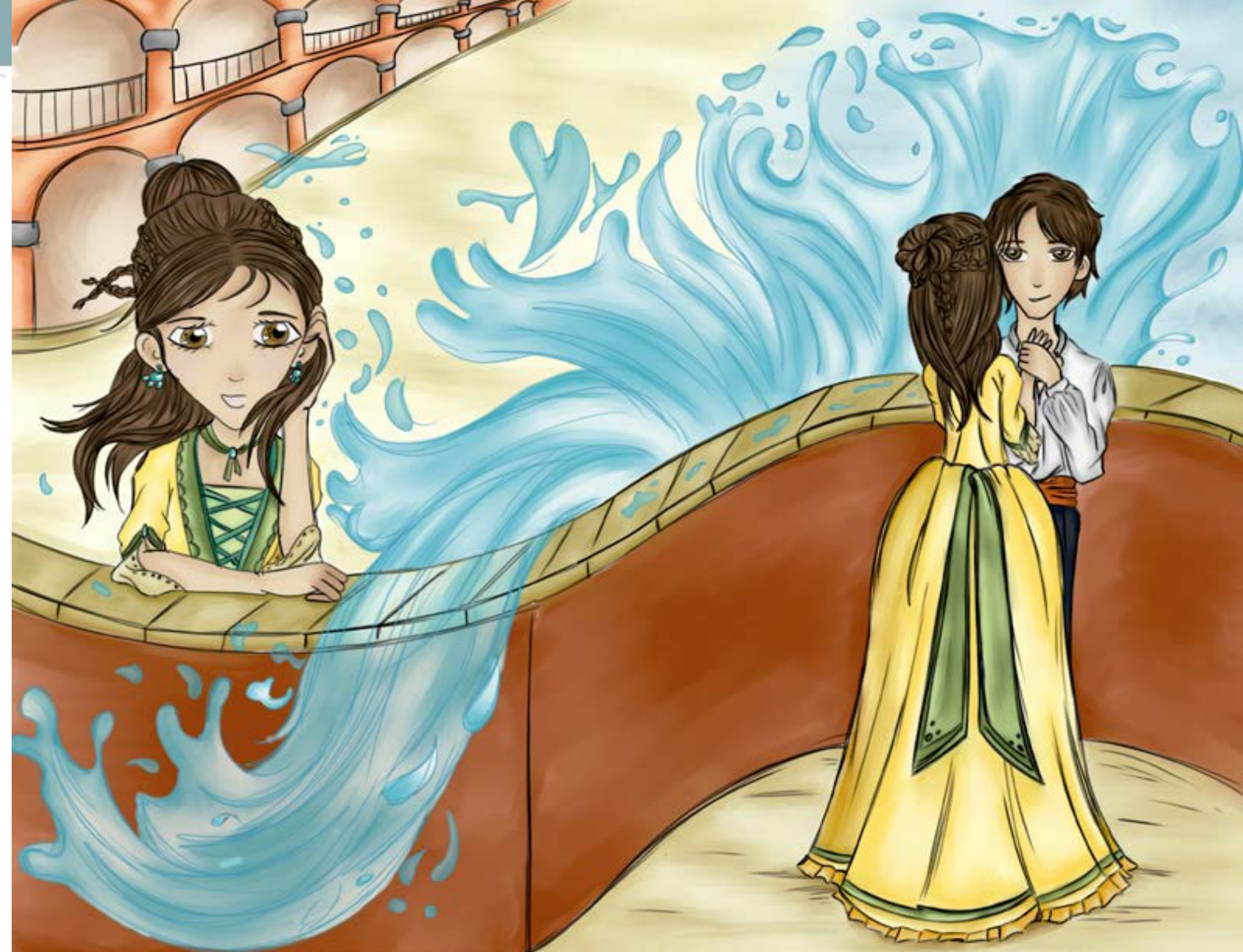
Esta leyenda tiene su origen en Campeche, al sureste de la República Mexicana. Campeche es una bella ciudad que se ubica en el Golfo de México, es famosa por sus bellos edificios coloniales y sus históricas murallas que fueron respuesta a los ataques piratas.

En esta bella ciudad amurallada se desarrolla la siguiente narración; se trata de una historia donde el amor se manifiesta de una forma caprichosa, hasta el grado de provocar un naufragio por celos.

En el malecón se ve la escultura de una mujer, la protagonista de esta historia, que espera por su amado sin perder la esperanza y el anhelo de volver a verlo.

La leyenda cuenta que hace muchos años vivía en la ciudad de Campeche una hermosa joven que solía pasear por la costa para disfrutar la brisa del mar y ver cómo llegaban al puerto las enormes embarcaciones. Le gustaba imaginar cómo serían aquellas tierras de donde venían tan exóticas y variadas mercancías, y cómo eran las personas que los tripulaban. Se cuenta que su belleza era tal, que hasta el propio mar se había enamorado de ella.

El mar provocaba la sonrisa de la joven ofreciéndole dulces oleajes y reflejando dorados destellos del sol, coloreando de naranja el agua por las tardes, lo que fascinaba a la muchacha; a su vez, el mar se sentía complacido de tener a la hermosa joven a su lado.



Durante sus paseos, una tarde la joven observó la llegada de un barco del cual desembarcó un joven y apuesto marinero; ella, quedó asombrada del muchacho; y él, en cuanto la vio, se enamoró perdidamente de ella. Muy pronto, los encuentros eran frecuentes y después de un tiempo, se volvieron inseparables; caminaban juntos tanto por el malecón como tierra adentro, ella le mostraba la ciudad; le platicaba de la gente que la habitaba, sus tradiciones y costumbres. Se les veía felices.

Cuentan que el mar sintió celos al ver que la dulce mujer ya no visitaba cada día la costa; el mar comenzó a extrañar el roce de sus dedos y que ya no había más sonrisas dirigidas sólo a él. Entonces, un día el marinero

tuvo que zarpar, prometiéndole a su amada, con un tierno beso, que pronto regresaría para estar juntos el resto de su vida.

Los celos del mar se transformaron en ira, y viendo la oportunidad que quedarse nuevamente con la joven para él, decidió separarlos para siempre. Con inmensa furia creó una enorme tormenta con inmensas olas que terminaron por hundir el barco donde viajaba el marinero. Jamás se volvió a saber nada del joven ni del resto de la tripulación.

Desde entonces se puede ver a la joven mujer mirando hacia el mar, esperando en el malecón a que su amado marinero regrese.



El jinete sin cabeza

En Llera de Canales, en el estado de Tamaulipas, existió, hace más de 100 años, un próspero rancho muy cerca de la Estación Zaragoza; el rancho contaba con muchas cabezas de ganado vacuno, docenas de yeguas a las que cruzaban con burro manadero, lo que producía muchos potrillos y mulitos. También había gallinas, patos y guajolotes. Sembrado, el rancho tenía gran variedad de árboles: aguacates, papayas, nogales, naranjos, limas y limones. En el lugar vivía un joven ranchero con su esposa, él era un hombre de a caballo, el mejor vaquero de la región. Había luchado junto con el General Pedro José Méndez contra la intervención de los franceses.

La joven esposa era hermosa y culta, hablaba varios idiomas.

Una tarde, muerto de hambre y jalando un caballo que rengueaba dolorido por falta de herraduras, llegó un soldado al rancho, a leguas se notaba que estaba agotado y que no era mexicano, a señas pidió agua y comida; una vez descansado y alimentado, comenzó a hablar en inglés —la joven esposa del ranchero entendía muy bien el idioma—: “vengo huyendo de la guerra en los Estados Unidos, perdí todo, pero cuento con mi honor; voy a la Ciudad de México a enlistarme en el ejército, soy militar y no sé hacer otra cosa. Por favor, déjenme recuperar fuerza y me marcharé”, decía...



Se le dio hospedaje y alimentos, y él a cambio era acomedido y servicial, rajaba leña y cuidaba los caballos, los herraba y paseaba; pero seguía comunicándose sólo con la bella esposa del rancharo.

En una ocasión, el joven rancharo se dirigió al río y encontró muy juntos al soldado y a su esposa bajo la sombra de un árbol. Lleno de ira por los celos, mandó matar a su esposa por infiel y, sin más, al soldado le ató las manos por detrás, y con la ayuda de sus vaqueros, aventó la reata de la rama más alta del mismo árbol en donde los encontró, se la puso en el cuello y lo colgó. Pero era tanto el coraje, que no satisfecho con haberlo matado, amarró las piernas del pobre soldado ahorcado y, con

la ayuda de su caballo, lo jaló hasta que la cabeza se desprendió del cuerpo.

Desde entonces, muchos afirman que en las noches de luna se ve cabalgando a un jinete, pero que el cuerpo no tiene cabeza. Pasó mucho tiempo para que alguien se atreviera a andar por esos caminos en la noche.

Años después, por 1890, construyeron la vía del ferrocarril y se cuenta que maquinistas y pasajeros al cruzar aquel tramo de la vía, escuchaban gritos que brotaban de las entrañas, en un idioma que no entendían; hubo quien decía que vio junto al tren y a toda carrera un caballo que echaba chispas con sus cascos, cola y crin, montado por un jinete sin cabeza.



La niña que se convirtió en araña

Esta escalofriante historia es una de tantas leyendas que se cuentan en el estado de Hidalgo. Se dice que sucedió cerca de la ciudad de Pachuca, en un convento construido en el siglo pasado y que fue convertido en escuela.

Las instalaciones en cuestión había sido dividido en dos secciones: de un lado se encontraban los dormitorios, comedor, capilla y huerto de las monjas; mientras que del otro lado, dentro del mismo terreno, se encontraba la escuela a la que asistían niñas de pocos recursos, a quienes pagaban la colegiatura personas con dinero, es decir, era una escuela de beneficencia.

La vida en la escuela transcurría de forma normal, hasta que todo el personal notó que una de las alumnas de nombre Martha quien era de las más alegres y populares de la escuela un día ya no quiso salir al patio a la hora del recreo; comenzó a apartarse y se mostraba inhibida tanto en las clases como con sus compañeras.

Las maestras creyeron que era cosa transitoria y que en poco tiempo se le pasaría. Esto no sucedió, conforme pasaban los días la niña se volvía más y más introvertida, tal parecía que tuviera una profunda depresión.

Fue entonces cuando la directora decidió llamar a los padres para averiguar qué tipo de problemas podía



estar atravesando, o si sería problema familiar. Pero los padres respondieron que en casa todo iba bien. Lo que sí comentaron es que les extrañaba que Martha, quien antes era feliz en la escuela y que durante las vacaciones contaba los días para volver a reunirse con sus compañeras y maestras, ahora ya no quería regresar a la escuela, les suplicaba que la sacaran, pero como ellos pensaban que no era más que un capricho, no accedieron.

Tiempo después lamentaron profundamente haber tomado esta decisión.

Los días pasaron sin que hubiera ningún cambio; y, finalmente, un día, Carla, una de las mejores amigas de Martha, se quedó con ella en el recreo, quería intentar conocer qué le pasaba. Así que comenzó a insistirle que le tuviera confianza y le contara lo que le estaba pasando. Martha, con cara de angustia y la voz llena de espanto, le susurró:

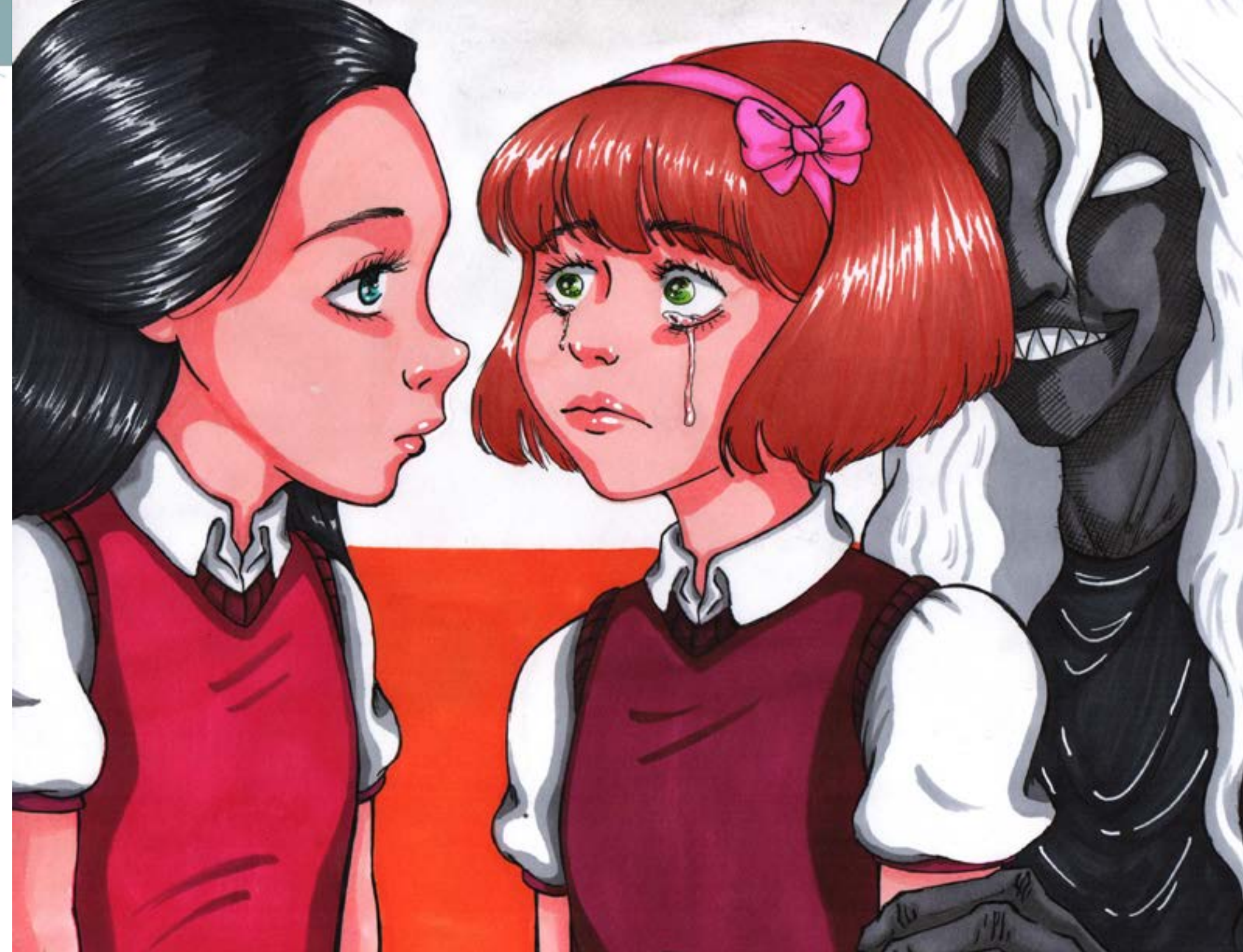
—La señora fea de pelo blanco que está allá, en el rincón, no me deja salir. ¿La puedes ver?, ¿puedes ver cómo me mira llena de odio?

Carla volteó a todos lados, y sorprendida le dijo que allí no había nadie, que seguramente no había dormido bien y sería efecto de su imaginación.

—Es que me tiene tomada por un brazo, no permite que me mueva de aquí. Parece que soy la única que puede verla. —dijo con resignación.

Carla pensó que no había nada que ella pudiera hacer por su amiga, así que salió al patio el resto del tiempo que tenían para el recreo.

Nadie sabe qué fue lo que pasó durante ese tiempo, porque cuando volvieron del recreo no encontraron a Martha por ningún lado; se imaginaron que quizá ya había aceptado salir del salón; sin embargo, tampoco nadie la encontró en el patio.



Una vez que las monjas habían agotado todas las formas de encontrar a la niña, decidieron que lo mejor era reportar su ausencia a sus padres.

En el salón de clase se oían todos los murmullos de las niñas alarmadas y las monjas preocupadas, cuando de pronto se escuchó una siniestra voz que provenía del fondo del salón de clases. Era la voz de Martha, pero nadie la podía ver.

Las monjas sacaron a todas las niñas del salón, excepto a su amiga Carla, quien finalmente fue quien pudo identificar de dónde provenía la voz; en un rincón del salón de clase, en el ángulo que se hace entre dos paredes, vio a su amiga, pero no en la forma física que la conocía, pues ahora estaba convertida en una araña y poseía el rostro de Martha.

De inmediato llamó a las monjas con tremendos gritos, diciendo que era la araña quien hablaba. Sin embargo, cuando las monjas se acercaron ya no había ninguna araña, desapareció para no volver a verse jamás.

Durante algún tiempo la escuela siguió funcionando, aunque desde entonces el salón de clases en cuestión fue cerrado; no se le volvió a permitir el acceso a nadie.

Han pasado muchos años de aquel desgraciado suceso. La leyenda cuenta que en la propiedad donde está ubicado el convento, ahora clausurado, antes vivía una bruja maligna, a quien le atribuyen la desaparición de la niña, quien se cuenta que todavía habita el convento, al cual se recomienda no entrar...

Aseguran que Carla, hoy en día, sigue llorando por su amiga, afirmando que fue real y una obra del mal.



Las cuatro Marías

La siguiente leyenda proviene de Tapalpa, en el estado de Jalisco. Su nombre significa "tierra de color". Y como todos los pueblos de México, tiene una extraordinaria tradición oral.

Sucedió que a finales del siglo XIX, vivían en Tapalpa cuatro mujeres unidas por la confabulación. Las cuatro tenían por primer nombre el de María, así pues, eran: María Amaranta, María Natalia, María Eduvigés y María Tomasa. La gente del pueblo les decía las Marías Lenguas; apodo ganado a pulso por ser muy chismosas y criticar a todos los que podían. No les faltaba lugar ni momento. Sus habladurías ya habían causado daño en la reputación de muchos vecinos, por esta razón todos

les temían. Se decía que la peor era María Tomasa: inventaba chismes donde no los había o aumentaba los que ya existían. Aunque en realidad cualquiera de las cuatro podía ganar el título.

Acostumbraban a reunirse alrededor de una fuente conocida como La Pila, cercana a la casa de las cuatro; allí, cómodamente sentadas, acompañadas por el sonido del agua, llevaban a cabo sus habladurías.

Una tarde, se encontraban las arpías muy a gusto inventando o comunicando chismes de algún vecino, se acercó a la fuente Macario, un indígena otomí, conocido por ser un hombre sabio que siempre se había dedicado a la hechicería con resultados extraordinarios.



Al escuchar el argüende que se traían, Macario se dirigió a las Marías Lenguas y les advirtió que, si no dejaban de hacer daño a las personas inventando chismes venenosos, les iba a ir muy mal y tendrían que pagar las consecuencias en la justa medida que ellas hacían el mal.

Las Marías se rieron al oír al brujo indio hablar, insensatas como eran, y a insultarlo violentamente. Ante los insultos, Macario les respondió que ya estaban advertidas y que, de no hacer caso, recibirían un terrible castigo. Como éstas siguieron burlándose, el indio recogió agua de la pila, y diciendo un conjuro en otomí, mojó a las cuatro mujeres.

En ese mismo momento, las mujeres cayeron al suelo y se contorsionaban como si tuvieran un ataque. Poco a poco, se convirtieron en serpientes. Macario se dirigió a ellas y les gritó: —Les di la oportunidad de que recapitaran y cambiaran su pernicioso costumbre, pero no entendieron. ¡Yo las condeno a convertirse en serpientes de piedra; serán ejemplo de lo que les pasa a las personas que viven y gozan arruinando a las personas con sus horribles chismes!

Y así fue, cada serpiente de piedra fue colocada en un lugar donde quedaría para siempre. Desde ese día a la fuente se le conoce como la Pila de las Culebras.



El callejón del beso

La leyenda que narraremos nació en la ciudad de Guanajuato, en el Bajío mexicano, cuando todavía era ocupado por los españoles.

En uno de los tantos callejones con los que cuenta la ciudad, vivía una familia rica que provenía del viejo continente. Se cuenta que doña Carmen era hija única del matrimonio; cuando Carmen era aún muy joven murió su madre, y ella quedó al cuidado de un padre intolerante y agresivo.

Cerca del hogar de Carmen vivía Luis, un joven que al pasar para dirigirse a su trabajo, observaba a la dama, quien salía por las mañanas al balcón de su habitación para observar a los paseantes y cuidar sus flores; y por

las noches para disfrutar la luz de la luna; Luis la vió y quedó fascinado.

Con el paso de los días, ella comenzó a intercambiar miradas tiernas que después pasaron a las sonrisas. Al poco tiempo ambos estaban enamorados.

Un día de mala suerte, el padre de doña Carmen descubrió que su hija se relacionaba con un pobretón que, por mucho, no era de su clase social, y montó en cólera; sobrevinieron cientos de problemas para ella, algunos fue el encierro, las amenazas, y lo peor de todo: comprometerla con un viejo y rico noble de España.

La noticia pronto llegó a oídos de Luis, quien pensó en mil maneras para no perder a su enamorada pero,



aparentemente, ninguna era conveniente. Después de darle vueltas al asunto tuvo una idea:

El balcón de la habitación de Carmen daba a un callejón tan angosto que era posible tocar con la mano la pared de la casa de enfrente. Don Luis buscó durante días al propietario de la casa; al encontrarlo, le rogó hasta convencerlo de que le vendiera la propiedad.

Al estar encerrada por el cruel castigo de su padre, Carmen no conocía los esfuerzos que realizaba su amado para que pudieran estar cerca. Hay que imaginar cual fue la sorpresa de Carmen al ver un día a su enamorado a tan sólo unos centímetros de ella; en cuanto se vieron tocaron sus manos; sus corazones latían con

fuerza. A la noche siguiente, nuevamente ambos salieron a sus respectivos balcones y, por primera y última vez, unieron sus labios con un tierno beso, porque en ese momento apareció el padre de la joven y, al verlos, enfureció por el atrevimiento de su hija; en ese instante tomó una daga, se abalanzó sobre ella y se la clavó en el corazón.

Don Luis, desesperado y sin poder hacer nada, salió corriendo de la casa para no volver jamás. Se dice que tiempo después murió sin volver a amar a nadie.

Este callejón ha sobrevivido hasta nuestros días y, precisamente, se le conoce como “El callejón del beso” debido a la trágica historia de estos enamorados.



El hechizo del pando

leyenda narrada en el estado de Colima; se desarrolla durante el siglo XVII, en la época colonial. Se habla de un maleficio, producto de errores del pasado que no pueden olvidarse...

Hilario, con razón, sentía que su enfermedad se agravaba día con día. Desde hacía mucho tiempo que la padecía, y eran vanos todos los esfuerzos por aliviarse. A decir verdad, no había sido revisado y atendido por un doctor y, menos aún, había llevado tratamiento alguno. Pero él pensaba:

—¿Para qué atenderme por un médico? Ellos no curan el hechizo, es más, no creen en él. Yo ya no tengo ningún remedio.

Hilario estaba convencido de que estaba embrujado por una malvada mujer a quien él había amado con todo el corazón; pero se habían distanciado, ya que no se habían comprendido el uno al otro.

Se dice que ella tenía un carácter de los mil demonios, lo celaba, lo agredía y que, seguro, ahora se vengaba de Hilario provocándole un mal incurable. Todo el barrio de Manrique lo decía, y había quien aseguraba que Teofila, que era el nombre de la perversa mujer, tenía un muñeco idéntico a Hilario, con una espina clavada en la espalda, escondido en un lugar de su casa.

La espina clavada en la espalda del muñeco, le provocaban a Hilario terribles dolores que los médicos no



saben curar, porque dicen que son los riñones. ¿Los riñones?, ¡Claro que no! Él estaba seguro que era el hechizo lo que lo tenía enfermo. Margarita, su hermana, preocupada por la salud de Hilario le preparaba remedios que le aconsejaban, sobre todo los boticarios. ¡Pero el hechizo no lo curaba ni los boticarios de Colima!


Un día, ya al anochecer y con muy poca esperanza, la bondadosa Margarita pensó hablarle a un médico para que fuera a visitar a Hilario, no para que lo curara, sino para que lo viera en sus últimos momentos antes de la muerte y le diera el certificado de defunción, sin el cual no podía enterrar a su querido hermano.

¡Qué ocurrencias! ¿Qué necesidad hay que sea un médico el que asegure que murió una persona, si simplemente ver el cadáver es prueba mejor que cualquier papel escrito?, pero así son las cosas.

El médico llegó ya entrada la noche.

La recámara estaba iluminada por una pequeña vela que difundía una tenue luz amarillenta y vacilante, dando al lugar un aspecto lúgubre, desde el buró en que estaba colocada, hasta otra mesa corriente llena de botellas y platos de cocina. Hilario, con una respiración angustiada y fatigada, yacía en una cama de madera. En su semblante se observaba la cercanía del último momento. El médico lo examinó; percibió algunas palabras entrecortadas que decía Hilario por la angustia de la respiración, y sacó del bolsillo hojas de papel, y recetó. ¿Qué recetó? ¡Letra ininteligible, como la de todos los médicos! Letra que sólo saben entender los boticarios, porque ellos todo lo saben. El médico, antes de retirarse, lo único que le dio a Hilario fue un poco de esperanza. Le prometió que si cumplía las indicaciones, posiblemente se aliviaría. ¡Falsas promesas, el hombre estaba más muerto que vivo!





Llamó aparte a Margarita para explicarle cómo debía darle la medicina a Hilario, y advertirle que ya era el último esfuerzo por la curación; le comentó que lo hacía en cumplimiento de un deber profesional, porque un buen médico, al igual que un buen soldado, tiene la obligación de luchar, aunque sea inevitable la derrota, haciéndose la ilusión de conseguir la victoria. Sabía que recetaba los medicamentos por deber, pero sin ninguna expectativa de lograr la curación.

El médico tenía la razón, Margarita llegaba de la botica con el medicamento cuando Hilario murió. Bien claro lo decía el lúgubre canto del tecolote que desde al anochecer se escuchaba entre las ramas del aguacate del corral, provocando en el barrio gran temor. ¡Qué

había de poder la ciencia médica contra el hechizo! Este sólo pueden curarlo los hechiceros.

Dichas creencias se confirmaron poco después de que muriera Hilario, pues cuando su cadáver yacía tendido para recibir la velación, repentinamente se levantó de medio cuerpo atemorizando a los presentes y arrojó algo por la boca.

—¿Vieron lo que pasó? —exclamaron todos— ¡No cabe duda, estaba hechizado por aquella mala mujer!

Sepultaron el cadáver de Hilario, que era conocido en el barrio de Manrique con el apodo de El Pando, por su lento caminar, y por varios días, al anochecer, reafirmando la creencia popular, siguió cantando lúgubremente un tecolote entre las ramas de un aguacate del corral.



El diablo bebito

En la zona del bello estado de Guerrero, se cuenta una leyenda que se dice ocurrió en algún pueblo perdido atrás de la montaña, donde los campesinos acostumbran, después de un largo día de siembra o cosecha de los campos, reunirse con algunos amigos y refrescarse la garganta en alguna cantina con un buen mezcal o un buen pulque antes de llegar a descansar a casa; y en una de esas noches ocurrió lo que enseguida se va a relatar:

Esta historia le sucedió a don José, un campesino como tantos otros quien un día después de haber trabajado varias horas en su cosecha de maíz, llegó el

momento en que el sol comenzaba a ocultarse tras las hermosas montañas de la sierra; así que guardó toda la herramienta en su viejo, sucio y desgastado morral para tomar el camino hasta su pueblo ubicado kilómetros más abajo del lugar donde se encontraban sus sembradíos de maíz.

Así tomó el camino hasta llegar al pueblo y, como es la costumbre, se animó entrar a la cantina de don Javier donde sabía que encontraría a todos los hombres del pueblo, y se dijo:

—Un buen mezcalito antes de ir a casa no hace daño a nadie...



Así que don José entró a la cantina; allí se encontró con don Genaro y don Isidro, viejos amigos campesinos, quienes en ese momento comentaban la leyenda que andaba en boca de todos los del pueblo. Se decía que después de las 12 de la noche el diablo andaba rondando el pueblo porque ya varios de los vecinos lo habían visto, todos con una forma diferente, pero todos aseguraban que no podía ser nada más que el mismo demonio. Una mujer lo había visto en forma de perro negro; otro vecino lo vio en forma de toro, y así sucesivamente dijeron muchos acontecimientos. Don José sólo se rió y, soltando una gran carcajada, dijo a sus ebrios amigos:

—¡A mí el demonio me pela los dientes! —además, añadió—: ¿Qué no se dan cuenta?, esas son puras habladurías de nuestras esposas que no quieren que vengamos a tomarnos nuestros mezcalitos, nos quieren

meter miedo para que lleguemos temprano a la casa, no hagan caso de esas tonterías.

Después de echarse varios mezcales, don José salió de la cantina, atravesando parte del pueblo que, por cierto, tenía muy poco alumbrado público, así que sólo veía el empedrado de la calle por el reflejo de la luna llena, que aún se puede observar en todo su esplendor en el cielo despejado de varios pueblos del estado de Guerrero.

Don José iba caminando cuando de pronto escuchó un sonido, como un chillido, pensó que se trataba de una gata en celo; por lo que no hizo mucho caso y siguió su camino; pero sólo había dado unos cuantos pasos, cuando volvió a escuchar el mismo ruido, pero ahora más nítidamente, y esta vez sí distinguió claramente que era el llanto de un bebé. Prestó atención para ubicar de dónde venía el sonido hasta que descubrió que en



la entrada de una casa abandonada se encontraba un bulto que se movía. Se acercó sigilosamente, y con precaución retiró las mantas que cubrían “el bulto”; con asombro observó que en el interior de la cobija estaba un bebé llorando.

—Maldita! ¡Mil veces maldita la mujer que te abandonó! ¿Tú qué culpa tienes? —dijo don José con una retahíla de adjetivos a la mujer o madre que él suponía había abandonado al inocente bebé.

Lo tomó entre sus brazos y decidió llevarlo a su casa mientras se resolvía el misterio de los padres del bebé que no paraba de llorar; así, comenzó el camino rumbo a casa, poco a poco el bebé fue controlando su llanto, pero mientras don José avanzaba sentía más y más peso del bebé que cargaba entre sus brazos.

Llegó un momento en que ya no pudo avanzar más, decidió detenerse, ya que el bulto estaba demasiado pesado. Con curiosidad, quitó la cobija del bebé para ver su cara, y de pronto el bebé exclamó:

—¡Mira, papi, mis dientitos!

Don José, horrorizado, vio que los ojos del bebé eran rojos como el fuego, y que de su boca sobresalían largos colmillos. Sin pensarlo, aventó al bebé y corrió despavorido y sin rumbo fijo.

Muchos dicen que desde ese día don José se volvió loco; otros que llegó apanicado a su casa contándole a su esposa lo sucedido, y que después estuvo con fiebres altísimas durante varios días hasta que murió. Nadie sabe lo que pasó, sólo que se cumplió lo que don José le dijo a sus amigos en la cantina: “El diablo me pela los dientes”.



La mulata de Córdoba

Se cuenta que corría el año 1618, en la Villa de Córdoba de los Caballeros, en tiempos de la Inquisición y el Santo oficio, existía una bellísima mujer mulata, aunque curiosamente nadie sabía sobre su procedencia, se dice que durante la Colonia la habían traído como esclava. No tenía padre ni madre, así que todos la conocían simplemente como Soledad o La Mulata de Córdoba. Su belleza era tan grande, que todos los hombres se sentían atraídos por ella.

Por la condición de su raza, ella vivía aislada, ya que los indios y los negros no eran bien vistos en la sociedad; el color de piel de esta mujer era prueba fehaciente de la unión entre blancos y negros. A pesar de esto, cuan-

do se dejaba ver, su presencia era considerada como un escándalo, su belleza la hacía blanco de chismes, por lo que se volvió retañada y huraña.

Además de ser hermosa, la mulata empezó a ser célebre en el lugar, pues dicen que sabía sobre las artes de la medicina, y que usaba las hierbas que conocía para realizar curaciones maravillosas, y en muchos casos sanaba a los que padecían enfermedades mortales o alguna peste; pero no sólo eso, se decía que también invocaba tormentas y, que incluso, podría predecir los temblores y los eclipses.

Los rumores empezaron a correr; decían que la mulata sabía de embrujos y encantamientos. También reiter-



aban que por las noches de su cabaña se observaban extrañas e intensas luces y música misteriosa.

Tales rumores empezaron a inquietar a algunos crédulos y supersticiosos que decían que la mulata tenía pactos con el demonio. También se rumoraba que tenía poderes mágicos y podía estar en dos lugares a la vez. Autoridades y vecinos comenzaron a espiarla; sin embargo, la mulata asistía cada domingo a misa, lo que aminoraba un poco los rumores.

El alcalde de Córdoba era don Martín de Ocaña, un hombre mayor de edad que estaba apasionado con la Mulata, le confesó sus intenciones y le ofreció regalos, pero ella no respondió ni una sonrisa.

El alcalde Ocaña, despreciado y despechado, acusó a la Mulata de darle una pócima que le provocó la pérdida de la razón. El castigo seguramente sería la hoguera, así vengaría el menosprecio de ella.

La noche de la acusación el alcalde, policías y sirvientes fueron hasta la cabaña de la Mulata; tampoco faltaron frailes que en nombre de la Santa Inquisición le exigieron que abriera su puerta; ella, por miedo, no lo hizo, así que entraron a la fuerza para apresarla.

Fue llevada en un carruaje custodiado por el Santo Oficio hasta el calabozo de la Fortaleza de San Juan de Ulúa, aunque otros dicen que fue en el Palacio de la Santa Inquisición, en la Plazuela de Santo Domingo, en la Ciudad de México.

A la mulata la juzgaron y culparon de tener pactos con el diablo, por lo que fue sentenciada a ser quemada con leña verde frente todos, como ejemplo de lo que no se debía de hacer.

Sin embargo, al estar bajo vigilancia en la cárcel, ella se ganó la confianza del carcelero a quien en alguna ocasión había ayudado con la enfermedad de uno de



sus hijos. Le pidió que le consiguiera un pedazo grande de carbón, el hombre aceptó; lo consiguió y se lo llevó a su celda.

Entonces, con el carbón la mulata comenzó a dibujar sobre las paredes húmedas y oscuras de su celda del calabozo una ligera nave que se mecía con las olas del mar; el navío tenía grandes y blancas velas desplegadas al viento. La mulata dibujó durante toda la noche antes de su sentencia.

A la mañana siguiente, justo el día de su ejecución, el carcelero fue a buscarla, se quedó asombrado por la obra de arte que había realizado: los detalles estaban perfectamente delineados en una embarcación como si fuera a emprender una larga travesía.

—¿Qué crees que le hace falta al barco? —La mulata preguntó al carcelero.

—Que alguien lo ocupe y que la nave comience a surcar los mares, sólo eso le falta. —Contestó el carcelero con seguridad.

—Pues observa muy bien lo que va a pasar, quiero que todos conozcan mi historia.

Sin decir más nada, la mulata de un salto subió en la embarcación diciendo adiós al asombrado carcelero mientras la nave se perdía en el bello horizonte dibujado en la pared de la celda.

Cuando fueron a buscar a la mulata encontraron al carcelero aferrado a la reja del calabozo vacío. Después de contar su historia, nadie le creyó, todos pensaron que había perdido la razón o él había ayudado a la Mulata de Córdoba a escapar de una horrible muerte. Nunca nadie pudo confirmar lo que realmente sucedió.



El cerro de la vieja de Oaxaca

La siguiente narración es una leyenda que se dice sucede en el Cerro de la Vieja; el cerro forma parte del municipio de San Pedro Mixtepec, del estado de Oaxaca; pequeño poblado con muy pocos habitantes en el que todos se conocen.

Como en todo nuestro país, existen narraciones que se van pasando de generación en generación de forma oral. Las historias, leyendas, tradiciones y creencias que se cuentan cuando las familias o amigos se reúnen alrededor del fogón; preparando telares o cuando se están elaborando los espectaculares alebriges; cuando se prepara el nixtamal para las tortillas o disfrutando de un espumoso chocolate.

Se dice que San Pedro Mixtepec es un lugar donde —mucho tiempo antes de que fuera el lugar poblado como lo es hoy en día— los hombres solían salir a cazar.

Cuenta una leyenda de la región que una mañana un grupo de cazadores salió a perseguir una presa; los hombres detuvieron su paso al estar frente a una gran roca; lo que llamó su atención fue que en la piedra se veía claramente la figura de una hermosa india que llevaba largas trenzas negras. Cercano a la piedra, los cazadores vieron enormes cantidades de plomo, así que los hombres se apuraron a repartir el plomo sin perder de vista a la bella mujer. Una vez que cargaron el plomo que les fue posible, bajaron al pueblo y contaron a sus



compañeros lo que habían descubierto, dando como seña la impresionante imagen.

Poco a poco se corrió la noticia, muchas personas se interesaron en visitar el lugar, tanto para constatar la figura de la que tanto se hablaba, como para conseguir el metal para las balas de sus rifles. Subían al cerro con gran entusiasmo, pero la mayoría regresaba decepcionado porque no encontraban la piedra, el plomo que buscaban y, mucho menos, la figura de la hermosa mujer. Los habitantes pensaron que todo había sido la invención de unos cuantos.

Pasó el tiempo y algunos osados decidieron volver a buscar, notaron que si subía un grupo de tres hombres,

solo regresaban dos que decían nunca haber visto a la dama. Los que no regresaban jamás se les volvía a ver. Comenzó entonces a considerarse el cerro como un lugar embrujado.

Narran los pobladores del municipio que solían escuchar los gritos aterradores de hombres que eran perseguidos por la india, ya que una vez que se mostraba ante ellos, se desprendía de la roca para alcanzarlos y desaparecieran para siempre. Personas que pasaban por ahí, dicen que podían ver a lo lejos a una mujer envuelta con un rebozo blanco que flotaba por el lugar. Desde entonces, por la aparición que se presenta en él, se le nombró "El Cerro de la Vieja".



FUENTES CONSULTADAS

Doña Francisca la embrujada	Adaptación del texto recuperado de: http://www.latrinchera.org/foros/showthread.php?29815-Leyendas-de-la-%C3%A9poca-colonial
El mariachi negro	Adaptación del texto recuperado de: https://www.mexicodesconocido.com.mx/la-leyenda-del-charro-negro.html
La malvada sirena	Adaptación del texto recuperado de: https://culturacolectiva.com/historia/la-leyenda-de-la-sirena-del-lago-de-zumpango
El minero ambicioso	Adaptación del texto recuperado de: https://www.mitos-mexicanos.com/hidalgo/el-minero-ambicioso.html
La novia del mar	Adaptación del texto recuperado de: https://www.gob.mx/conagua/articulos/la-novia-del-mar?idiom=es
El jinete sin cabeza	Adaptación del texto recuperado de: https://www.mitos-mexicanos.com/?s=el+jinete+sin+cabeza
La niña que se convirtió en araña	Adaptación del texto recuperado de: https://masleyendas.com/leyendas-mexico/la-nina-se-convirtio-en-arana-522
Las cuatro marías	Adaptación del texto recuperado de: https://www.mitos-mexicanos.com/jalisco/las-cuatro-marias.html
El callejón del beso	Adaptación del texto recuperado de: https://www.mexicodestinos.com/blog/leyenda-del-callejon-del-beso/
El hechizo del pando	Adaptación del texto recuperado de: https://www.mitos-mexicanos.com/colima/el-hechizo-del-pando.html
El diablo bebido	Adaptación del texto recuperado de: http://nautilus.edu.mx/users/sofia/weblog/28988/
La mulata de Córdoba	Adaptación del texto recuperado de: http://portal.veracruz.gob.mx/portal/page?_pageid=313,4556685&_dad=portal&_schema=PORTAL
El cerro de la vieja de Oaxaca	Adaptación del texto recuperado de: http://leyendasmexicanas.mx/leyenda-del-cerro-de-la-vieja-de-oaxaca/

Estos mitos y leyendas son del dominio público.

Mitos y leyendas de México 3
terminó de realizarse en julio de 2023
en Cuernavaca, Morelos, México.



FACULTAD DE
DISEÑO

